
México y el Caribe: un encuentro necesario en la problemática regional

Gerardo Martínez Vara*

Pensar en América Latina y en el Caribe, nos obliga a preguntarnos que razones hay para integrarlos como una *región*. Y es cierto, sin grandes dificultades nos damos cuenta de que, pese a la relevancia geopolítica, estratégica y económica del Caribe, éste no ha logrado vencer su aislamiento en relación con Latinoamérica.

El Caribe hoy día, tan complejo y tan cercano, no ha sido objeto de un análisis profundo, sistematizado y sostenido en nuestros centros de estudio e incluso en los núcleos ligados a la toma de decisiones a nivel estatal.

Este microcosmos de singular importancia, en donde los contrastes son marcados—baste con recordar que es el Caribe en donde subsiste, con todo y sus dificultades, el proyecto socialista cubano, y en donde perduran, casi como piezas de museo, enclaves coloniales británicos, franceses y holandeses, sin olvidar la existencia de Puerto Rico que formalmente es un Estado Libre Asociado de los Estados Unidos—es, además, una zona que presenta una gran diversidad etnocultural, lingüística, religiosa e incluso política.

Esta subregión que no es homogénea, que presenta fracturas a su interior (y que se le bautiza con un y mil nombres, Antillas mayores, Caribe anglófono) sólo llama la atención de los “observadores internacionales” cuando hay desastres climáticos o cuando llega el verano y hay que elegir un lugar paradisíaco para vacacionar, o si la cosa se pone grave, cuando se producen rompimientos revolucionarios como en Cuba o

Granada, o cuando hay golpes de Estado como en Haití. Incluso, una de las últimas ocasiones en que el Caribe fue centro de atención, tuvo lugar el pasado mes de mayo cuando en Nassau, Bahamas, se celebró la XXII Asamblea General de la Organización de Estados Americanos.

No obstante lo anterior, tomemos en cuenta que la condición histórica de las Antillas, como centro de controversias, conflictos y competencias extrarregionales, se reafirma en la actualidad: problemas como la migración, el narcotráfico, la militarización auspiciada y fomentada por Estados Unidos y el desequilibrio ecológico, hacen del Caribe una zona clave para América Latina.

De igual forma y como lo señala el destacado investigador venezolano Andrés Serbín:

desde el punto de vista económico, los crecientes intereses norteamericanos en la Cuenca del Caribe se relacionan con el hecho de que ésta constituye el cuarto mercado de importancia para los productos de Estados Unidos y representa entre el 14 y el 11 por ciento, respectivamente, de sus exportaciones e importaciones;

Sin olvidar, que el 85 por ciento de la bauxita importada por los norteamericanos y el 70 por ciento de los derivados refinados del petróleo, también provienen de la región.

Más aún, en la perspectiva estratégica de Estados Unidos y en un caso hipotético de confrontación bélica, se calcula que el 50 por ciento de los suministros de la OTAN serían transportados a través del Caribe.

* Profesor de la Universidad Hispano Mexicana y Profesor del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Por otra parte y para complicar aún más el panorama, no existe un criterio único para delimitar el Caribe; sin embargo es posible identificar tres perspectivas vigentes para definirlo:

1. Cuenca del Caribe, que, a su vez, tiene dos acepciones.
 - a) La norteamericana que se basa en criterios de orden estratégico y, circunstancialmente, en criterios económicos, que incluyen al Estado de Florida, al conjunto de islas del Caribe, a los países centroamericanos y a las tres Guayanas en la parte continental de América del Sur. En esta definición, asumida por el Departamento de Estado se excluye a las "potencias regionales" latinoamericanas.
 - b) La propuesta por Atlántida Coll (que es incluso vista con buenos ojos por la Cancillería Mexicana) que comprende el arco insular, formado por las llamadas Grandes Antillas y por la porción continental formada por la costa yucateca y quintanarroense de México; Belice; Centroamérica; por las costas atlánticas de Colombia y Venezuela, además de las tres Guayanas, Bahamas y las islas Turcas y Caicos.
2. La concepción "tercermundista" que basa su interpretación en la diferenciación entre el norte desarrollado y el sur en vías de desarrollo; en este enfoque se incorpora sin más, el Caribe al conglomerado latinoamericano. Esta percepción la asumió el SELA fundamentalmente.
3. La caracterización de la *West Indies*, que restringe la región a los Estados y territorios insulares, a Belice y las tres Guayanas en la parte continental, a base de una configuración etnohistórica común, fundada en la economía de plantación impuesta por los colonizadores. En esta definición se incluye a Cuba, Puerto Rico, Haití y República Dominicana, pero se excluye a los países continentales ribereños con el mar Caribe, como México, Venezuela, Colombia, Brasil, Centroamérica y Estados Unidos. Como se puede apreciar, son criterios muy diferentes que obedecen a visiones e intereses inclusive contrapuestos, pero la que a últimas fechas ha sido más difundida y aceptada es la de Cuenca del Caribe.

Ahora bien, nuestro país al observar que a partir de los

años sesenta, se perfila con mayor nitidez el retiro de las antiguas metrópolis en el Caribe, en beneficio de la presencia norteamericana, empieza a definir una política más activa en la región, que va de la oposición al bloqueo decretado por la OEA a Cuba, a inicios de la década antes citada a la creación conjunta con Venezuela del Programa de Cooperación Energética para los países de Centroamérica y el Caribe, al iniciar la década de los ochenta y que es conocido como Pacto de San José; pasando por el diseño de un Programa de Asistencia a los países de la Cuenca del Caribe, en colaboración con Canadá, Venezuela y los Estados Unidos, en julio de 1981 en Nassau, Bahamas, con el objeto de discutir una iniciativa multilateral de inversión y asistencia técnico-científica, pero que por diferencias en torno a la condicionalidad política impuesta por los Estados Unidos se retira junto con Venezuela y Canadá, convirtiéndose este proyecto en la famosa pero inoperante Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC) lanzada por los norteamericanos en 1983 y puesta en marcha en 1984.

En este orden de ideas, en los últimos años, la administración salinista ha impulsado una "visión novedosa" que cataloga al Caribe y más concretamente a la Cuenca del Caribe como nuestra "tercera frontera", y textualmente se reconoce en el Plan Nacional de Desarrollo: "En el Caribe, México continuará manteniendo un irrestricto respeto hacia el pluralismo existente en el área y buscará, al mismo tiempo, un mayor acercamiento económico y cultural".

De igual forma, el secretario de Relaciones Exteriores Fernando Solana, afirma que el Caribe "merece un trato prioritario", y que es necesario reflejarlo en una política exterior más activa y consecuente.

¿De qué forma?

Pues, en primer lugar, según lo afirma el embajador en misión especial para asuntos del Caribe Héctor Manuel Ezeta, a través del fortalecimiento de

la concertación política regional que, con independencia de su tamaño y grado de desarrollo, comparten con nosotros problemas semejantes como el de la deuda externa, la incertidumbre en los movimientos de los capitales externos, la amenaza a su estabilidad proveniente del tráfico de drogas, la depredación de sus recursos naturales y la contaminación de los mares. Con estos países es posible armar un sistema de seguridad regional

basado en las afinidades políticas y en el interés económico mutuo, mismo que permita a México tener una participación mayor en los proyectos de protección y desarrollo del ecosistema caribeño.

Como se puede observar, el proyecto es ambicioso y en el corto plazo es muy difícil que se lleve a cabo.

Al mismo tiempo y adoptando una posición más crítica, es necesario advertir que la incursión renovada que México busca en la Cuenca del Caribe, tiene también una connotación económica, pues empresarios mexicanos urgidos de ampliar su radio de acción y por la fiebre de la apertura neoliberal encuentran en esta región un mercado potencial para sus productos. Teniendo como intermediario más viable a la CARICOM. Sin embargo y revisando la agenda activa de México en el Caribe, me atrevo a identificar *tres retos prioritarios*.

En primer lugar, destaca Cuba pues en ella se concentra buena parte del potencial explosivo de la región, tanto por la profunda gravedad de su crisis económica y el agotamiento de su estructura política basada en un anquilosado "centralismo democrático", como por las presiones norteamericanas para que caiga el régimen liderado por Fidel Castro. Este último factor pone de manifiesto la permanencia de las prácticas inherentes a la ya tan enterrada Guerra Fría que no se ubica ya en un enfrentamiento bipolar tradicional, pero que bajo esta perspectiva sigue vigente, veamos:

- a) Se mantiene la amenaza del uso de la fuerza por parte de Estados Unidos en contra de Cuba.
- b) Se mantiene el bloqueo económico y diplomático.
- c) Se continúa con la propaganda "anticomunista" y con la guerra psicológica, encarnando esta práctica con la instrumentación de TV Martí que pretende difundir los valores democráticos y libertarios del mundo occidental.

Todos estos elementos que ponen en evidencia la clara vocación intervencionista y hegemónica de los Estados Unidos, se traducen en la posibilidad de saldar la vieja deuda histórica con el "último reducto del comunismo en América".

Ante esta compleja situación, México ha dado muestras de abandono de su tradicional política solidaria para con Cuba, no por su carácter socialista, sino como una forma de legitimar el precepto de libre autodeterminación de los pueblos y de impulso a la cooperación internacio-

nal. Es cierto, nuestro país debería de adoptar una posición más progresista y hoy más que nunca no ceder a las presiones norteamericanas.

En segundo lugar, encontramos el caso Haitiano. Así es, tras el golpe de Estado en contra de Jean Bertrand Aristid, se pone en evidencia que en el Caribe es perfectamente viable el retorno de los militares al poder y que la ola democrática que baña a Latinoamérica, no es más que un "proyecto de sociedad deseable".

En este proceso de retorno del autoritarismo al país más pobre de la región, nuestro país adoptó una posición consecuente, pues rechaza tanto las prácticas golpistas, como la posible intervención armada, sugerida por otros países latinoamericanos, para restaurar la democracia y salvaguardar la estabilidad de la región.

En estrecha vinculación con lo anterior y por último, México enfrenta las tendencias neoconservadoras y panamericanistas al interior de la OEA que en su proceso de revitalización ganan posiciones.

Al respecto, la Política Exterior Mexicana fue clara:

- a) Para fortalecer a la OEA no se requieren estructuras supranacionales de carácter militar.
- b) Denunció la inutilidad del TIAR y propuso el estudio de nuevas concepciones para la seguridad hemisférica.
- c) Hace una crítica a la Organización por no atender la pobreza extrema, la desigualdad social, el deterioro ambiental y la casi inoperante lucha contra el narcotráfico.
- d) Dejó claro que en los momentos actuales, el desarrollo es indisociable de la democracia y que ésta como parte de todo un proceso de participación política de las sociedades latinoamericanas, no puede establecerse ni consolidarse desde fuera.

Esto último es fundamental para empezar a diseñar una política Caribeña y latinoamericana más profunda, pasar de la retórica a los hechos, evitarnos recitar dogmáticamente los principios de nuestra política exterior que en ocasiones suena más a mitología que a realidad concreta. Consolidar una política de alianzas que vayan más allá de los entendimientos librecambistas subregionales, que resultan infructuosos o de corto alcance ante la dimensión integral de la problemática de América Latina y el Caribe.

Por todo lo anterior, es indudable que ante el enorme

potencial conflictivo del Caribe, y muy a pesar de los "intelectuales eurocéntricos", la región juega un papel crucial en la seguridad de América Latina.

Por último, los invito a la reflexión profunda en torno al Caribe: mantengamos presente no sólo el aroma

excitante del ron y el café, sino también una posición crítica y analítica, ya que como internacionalistas comprometidos, nuestra obligación es abordar la problemática de América Latina y el Caribe, pues es ésta la realidad que nos toca vivir y *transformar*.